



AURELIO
VERDE

LA CRUZ
ES UN ARBOL CON FLORES

MARTINEZ FEB 92

La Cruz es un árbol con flores

Aurelio Verde

© AURELIO VERDE

EDICION NUMERADA DE 500 EJEMPLARES

EJEMPLAR N.º

PORTADA: ANTONIO MARTINEZ

DEP. LEGAL SE - 526 - 1992

IMPRIME: GRAF. SANTA MARIA

TELF. 477 10 91 - CORIA DEL RIO

PALABRAS PRONUNCIADAS POR AURELIO VERDE
CON MOTIVO DEL
VI PREGON DE LA VERA CRUZ,
ORGANIZADO POR LA HUMILDE Y ANTIGUA
HERMANDAD Y COFRADIA DEL STMO. CRISTO
DE LA VERA CRUZ, PURISIMA CONCEPCION
DE MARIA SANTISIMA Y SAN JUAN BAUTISTA
EL SABADO 4 DE ABRIL DE 1.992

"Yo soy el Señor, éste es mi nombre,
no cedo mi gloria a nadie ni mi honor
a los ídolos."

Isaías II (42,8)

UNA CRUZ ANONIMA

¿Qué sucede? ¿Adónde va el gentío?
¿Adónde, voz de cabra
y cuerpo de cordero enjaezado,
derrama aliento y sangre
ese gentío que bala y se retuerce
por rendijas de piedra
y sumideros sordos,
por callejas sin aire
de angostas y difíciles esquinas
- las hermanas espurias basureras
del valle de Himmón-,
buscando los desagües
y el torrente final de columnatas,
escoltas de la calle del Mercado,
donde todo es torcido y blanco y negro?

A los hermanos de la Vera Cruz

*A todo el que padece crucifixión
por liberar a su prójimo.*

¿Adónde está el motivo
que espesa la saliva
y agria el sudor y esquiva la mirada
hasta esconder pupilas tras la oreja
y hacer de yeso el ojo?
Los torvos entrecejos
cincelando, mezquinos y curiosos,
las sierpes que ventean.

¿Adónde van los gremios menestrales,
bataneros paganos,
tintoreros, copistas, ungüenteros,
percoceros y orífices,
drogueros, alfayates, perfumistas,
fraguadores del hierro y del bronce?

¿Adónde van, festivos,
los mercaderes torios del pescado,
fenicios comerciantes,
que trajeron la púrpura de Tiro,
el cristal de Sidón,
de Corinto el metal, y los sedales
de Babilonia y Tarso?

¿Adónde los cantales
en que rechinan los colmillos
y la palabra enreda su lujuria?
El sano se contagia
y olvida aquel milagro
que lo puso a la luz de un nuevo día.

Y el miserable ahonda
sus desesperaciones,
y besa el arcilloso amuleto
-pregón de alcalleres-
y juntos aparecen por las cloacas.

Sordos de lengua oculta,
tullidos de tres piernas,
ciegos y hermafroditas sin remedio,
gibas que dan la vuelta al mundo,
opacas como bruma que levanta
el cebo calcinado
del sacrificio de los trece bueyes.
Y todo un carnaval de carne muerta
allende esas murallas
de las noventa torres,
porque no puede aproximar su costra
y refregar la muerte anticipada
al muladar del pueblo
que olvida la miseria que no ve.

¿Adónde el pedernal
en que la lengua afila su viscosa
condición de carnero y de lagarto,
y blande arista, aguza su vertiente
y chancletea un torvo comentario?

¿Adónde tanta gente
alimenta bullicio
y arrima su inmundicia con desorden?

¿Por qué parece fiesta
si sólo se celebra un sentenciado,
si sólo se justicia a un delincuente
y el pueblo ya está ahíto de tribunas
y de primeras filas
donde salpica fresco y carmesí
el arte del verdugo?

¿Por qué parece fiesta
y el tumulto despide algarabía
propia de otras masacres,
ajustada a distintos sacrificios
donde la sangre corre en más laderas,
donde las fauces cobran más bocados,
donde los vientos cubren más cenizas?

¿Por qué parece fiesta
si al fin y al cabo es sólo la rutina
de ver morir a un hombre lentamente,
-perezoso el incienso de Sabea
mezclado con sabor de mirra virgen
y con los trece aromas
en el turiferario sacrosanto-,
de ver cómo derrama gota a gota
el cáliz de sus venas,
y cruje en su agonía cada hueso
como los estertores de una noria,
y estira en un suspiro macilento
los moldes del sudario?

Es poca cosa para tanta fiesta,
es poca carne para el jubileo,
ni cordero pascual
-chisporroteo en ramas de granado-
ni suficiente sangre
para fertilizar cerros de olivos.

Habrá que preguntar. . .
tal vez a esta leprosa
que a trancas y barrancas
sube con su laceria tintineante;
la única que se permite el lujo
de pasear por las calles con su roña
y con su condición servil a cuestras.
Tan lleno de nobleza y con andrajos
que anuncian su miseria insoslayable.

Dime, Jerusalén:
¿Quién es el hombre de la cruz?
¿Quién es el hombre de las cicatrices
que no pueden cerrarse?
¿Quién es el reo que se rompe a chorros,
la corona de púas
y no sé cuántos latigazos frescos
derramando su polen
al zumbido acechar de las moscardas
que por la primavera de sus llagas
rebuscan el dolor más escondido
-el pámpano escarlata-
y escoceduras de cilicio aventan.

Dime, Jerusalén:
¿Quién es el hombre de la cruz?
¿Quién es el hombre de las cicatrices
que no quieren cerrarse?

Grande el delito habrá que suponerle
a tenor de la pena y del suplicio.

Castigo semejante

-el más vil entre todos los castigos-
es senda de ignominia que se guarda
a los más contumaces delincuentes,
a la escoria más ruin y peligrosa.

Grande el delito que andará royendo
su conciencia, pensando que la tenga.

Otros convictos, lapidados mueren;
éste, la cruz parece merecer.

Otros perecen en la hoguera;
a éste, toda una cruz le han destinado.

Otros, con grillos, cadenas y cepos;
a éste la cruz, la cruz, sólo la cruz.

Otros, que sufren suertes no envidiadas,
decapitados o descuartizados,
blancos de flechas para gladiadores;
a éste, la cruz, la cruz, sólo la cruz.

Otros terminan en la arena
carnaza y baba para el populacho;
a éste la cruz, la cruz, sólo la cruz.

La cruz que Roma reservó al esclavo,
al que degrada a sus peores simas.
Correctivo ejemplar, escandaloso,
punicción de la más lenta agonía,
escarmiento sin rodeos.

Otros libraron pagas de relámpago. . .
A éste la cruz, la cruz, sólo la cruz.
La lenta, silenciosa, amarga cruz.

Dime Jerusalén:

¿Quién es? ¿Quién es el hombre?

Engaño de mesías salvador
culpable de un delito de mentiras.
Amenazante voz, carcoma insana
de esas ciento sesenta y dos columnas
pórtico de corintos capiteles.

Y por si te parece poco el cargo:
mercader de palabra hecha de humo,
traficante de vino en odre viejo,
contumaz insolente con las leyes
que los antepasados nos legaron,
y soliviantador de cuatro necios
que creyeron su magia y malas artes.
Tú dirás si merece o no merece
el suplicio de cruz que le han echado.

La sed del pueblo que buscó caudillo,
el hambre antigua de romper los yugos,
el ansia siempre de acabar con Roma
y con todos los cuervos opresores,
alimentó con falsas esperanzas.
Y luego, nada. Sólo el desencanto
-fuente de Siloé tan seca y calva-,
ver como el polvo se convierte en polvo,
cenizas grises que se lleva el viento.
Al pueblo cauto que anhelante espera
no le puedes pagar con tal denario
Se merece la muerte, y esa cruz.

Y algo más que la cruz, estar clavado;
morir despacio como un río seco
por habernos dejado con la miel
en la boca soñando salvaciones.
El paladín que todo Israel espera
está visto que no era este farsante.

Ni a su casta ni a su familia hizo
honor. Estirpe de David, es cierto.
Su padre fue José, un carpintero
con talante zelota y recio cuño
aunque no reconozcan rebeldías
en su haber. Pero el hijo ya sabemos
lo que hizo: predicar un reino extraño,
un reino sin presente y sin murallas,
un reino sin soldados, sin fronteras,
un reino sin botines, sin esclavos,
un reino sin guardianes de la ley,
un reino, en fin, sin rey y sin corona.
Se merece la muerte, y esa cruz.
Y algo más que la muerte si es posible.

Se rodeó de gente estrafalaria,
pisoteó la llama de profetas
que encendieron la luz de un tiempo nuevo,
anduvo con la escoria de los pueblos,
con la peor ralea que se piense.
Menos que nada el fruto de su gesta.

Dime, Jerusalén, ¿por qué el veneno
que derramas hablando de este hombre?
¿Tanto daño te hicieron sus palabras?
¿Tanto daño ese reino prometido?
¿Tanto daño el perfil de sus promesas?
¿Tanto daño la flor yerma de espinas?
¿Tanto daño la espina en su desnudo?
Tan ciega estás, Jerusalén, tan ciega,
tan podrida en tu lepra y en tus leyes,
que habré de preguntar al viento mismo
que se esconde soplando por Judea
y tal vez guarde entre sus repliegues
los ecos de una voz que está muriendo.

Porque no creo en ti, Jerusalén,
voy a pedirle al viento que me cuente
la historia de esa cruz y de su dueño.

UNA CRUZ CON NOMBRE PROPIO

Sé quien eres, Señor, te he conocido
a pesar de la niebla de la muerte,
del letrero que dice sin sentido.

Sé quien eres, Señor, y al conocerte
tu nombre es vocación para la huella
torcida y turbulenta de tu suerte.

Sé quien eres, Señor, y me atropella
propósito del eco en la garganta
ceñida del lamento que degüella.

Tú eres Jesús, la mano que adelanta
y sella en el más alto compromiso
de Dios que pisa por tu propia planta.

El mismo que provoca un paraíso
feraz y compartido en la montaña:
dos panes, cinco peces, lo preciso.

El mismo que respeta la cizaña
y guarda su esperanza que en la siega
tan sólo trigo encuentre la guadaña.

Jesús, que en la promesa de un Omega
aproximas el Reino porque quieres
hacer del mundo su primera entrega.

Ya ves, Señor, como yo sé quien eres
y sé de la misión que te ha traído
y de la soledad en que te mueres.

LAS CINCO LLAGAS

*"Llaga de luz que me dará la vida,
perpetua sangre y pura luz brotando."*

(Federico García Lorca)

I

Era un trigal el hueco de tu mano,
cosecha de los ázimos eternos;
hoy es un nubarrón que sabe a inviernos,
a negación de primavera y grano.

Era un trigal, pero no sangra en vano,
ni deshojan, contritos, los cuadernos
sus páginas de historia que han de vernos
multiplicando voces tan temprano.

Ayer, paloma de milagro posa
su tacto sobre el órgano sediento.
Hoy es el privilegio de la rosa

que adelanta el gotero de su diestra
y nutre y fertiliza con su acento
la yerma cruz de la existencia nuestra.

Tu mano izquierda fue, probablemente,
la que enjugara el gesto de la pena,
con Lázaro presente en la patena
de las postreras cítaras pendiente

Y ahora es la veleta arborescente
que apunta al mal ladrón. Y es azucena
jardines que el perdón desencadena
como un dedo que habla y nunca miente.

El clavo es un mordisco que descubre
el rojo acercamiento de la arteria,
sudor de Dios, un pulso hecho de trigo.

“Aunque no quieras, tú vendrás conmigo,
y hará de tu rencor otra materia,
de este trance final, lampo salubre.

Tu pie, que al mar de Galilea hiciera
deponer madrugada de oleaje
y puso entre las dudas un mensaje
que abonanza el mal viento y la ceguera.

Tu pie, por los caminos sementera
con sucinta palabra de equipaje,
se pliega al martirial aprendizaje,
del angosto veril de la madera.

Parece que no andas, que estás quieto,
que en la cruz se detuvo tu andadura,
que pudo con tu paso la tortura.

Pero es sólo un engaño del sentido.
Tu hollar es más rotundo y más completo
precisamente porque estás herido.

No huele a azahar el aire de Judea
ni respuntea primavera el cielo
ni merece un remiendo el blanco velo
ni el arrepentimiento quien lo crea.

Posado sobre el tronco se falsea
la doble condición de llaga y duelo,
pero tiene el empeine un paralelo
dolor, aunque de frente no se vea.

Traía el clavo sangre de otro huerto
y se funde consigo mismo y sella
y traspasa hasta el fondo el ciego acierto.

No fue la longitud del hierro hiriente;
fue Dios que quiso someter su huella
a un martillazo seco y suficiente.

Quisieron rematar esa entereza
y un cáliz imposible amanecía;
era la quinta llaga que se abría
la floración de tu naturaleza.

El arma que buscaba la certeza
permite los crespones para el día.
El manantial que adorna tu sangría
le salpica al milagro su pureza.

¿Por qué el pétalo aguado, el agua tinta?
¿Por qué esa fuente nueva imprevisible?
¿Será que ya la sangre es imposible

y que la savia verterá distinta
en ese contraluz de tu costado
por un resucitar anticipado?

LAS SIETE PALABRAS

"Padre, perdónalos, que no saben la que hacen."

Lucas (23, 34)

La pegajosa resaca
de la muerte ya lo enreda
y un hilo de voz le queda
para perdonar.

Achaca
al hombre ignorancia y saca
de su corazón un fruto
fecundo, blanco, absoluto,
que ante el tribunal cobarde
es una zarza que arde
y pone al mundo de luto.

Te lo aseguro: Hoy estarás conmigo en el paraíso."

Lucas (23, 43)

Una lucidez que augura
la puerta del paraíso
es divino compromiso
para el buen ladrón que apura
esa misma desventura
del tormento solitario.
Ofrecimiento diario
el tuyo, Señor, llevarte
al que contigo comparte
su silencioso calvario.

"Mujer, ése es tu hijo... Esa es tu madre."

Juan (19, 26-27)

Al pie de la cruz la pena
tiene por nombre María
y una espada es agonía
dentro y fuera de la escena.
El mediodía se llena
de penumbra no descrita
cuando Jesús deposita
en la humanidad -que sea
Juan solamente albacea-
la reliquia más bendita.

"Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

Marcos (15, 34)

Es fundamento del trueno
un latigazo sombrío
y Jesús dice: ¡Dios mío!
¿Por qué el sabor a veneno
de esta soledad?

Y ajeno
está el mundo al que le choca
que salga por esa boca
como un barrunto de miedo
sin saber que reza un credo
el hombre que al Padre invoca.

"Tengo sed"

Juan (19, 28)

La sed de Dios no se apaga
con la esponja y el vinagre
ni hay suspiro que consangre
el ácido que la enjuaga.
Si faltaba alguna llaga,
la más seca espina hierre,
y porque alce miserere
de otra muerte en el sentido
el paladar se ha dormido
y Cristo con sed de muere.

"Queda terminado"

Juan (19, 30)

Una fatal contraseña
por dentro el final pronuncia.
La mirada, que renuncia,
al lagrimal se despeña
y exprime un adiós que enseña
a endulzar nubes de ocaso.
Se remuerden con retraso
los hoyos de las tres cruces,
se apagan treinta y tres luces
y la historia se abre paso

"Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu"

Lucas (23, 45-46)

El celaje es un azote
que el relámpago coagula
y la fecha se atribula
sin la predicción del brote.
El velo del sacerdote
se parte en dos y se inflama
y en el filo de la rama
el espíritu echa el vuelo,
y como conoce el Cielo
sabe a la puerta que llama.

LOS MOTIVOS DE LA CRUZ

*"Enmendad vuestra conducta y vuestras acciones,
y habitaré con vosotros en este lugar."*

Jeremías (7, 3-4)

¿Qué delito ha manchado las manos de este hombre
que cuelga del madero, torturado en la suerte
peor de la delincuencia?

Algo tremendo habrá hecho
para ese fin maldito de tormento cerrado;
algo que no perdonan ni puede permitirse.

El poder religioso de su mundo es quien mata
a Jesús de esa forma. Los sumos sacerdotes
y su corte ladina de cuervos y buitres.

El pueblo está oprimido, el pueblo cree y reza
y arrastra las cadenas del yugo que le imponen.
El pueblo que no sabe ni puede defenderse,
porque los que le oprimen manejan llaves turbias,
intocables resortes de Dios y de la fe.

Y el pueblo buenamente cree que las cosas son como tienen que ser, como se las presentan las personas sagradas, los interlocutores que se entienden con Dios, que velan en el templo los sagrados designios.

Y el templo es un negocio, el culto, tapadera de manejos sin límite. A Jesús no lo matan por predicar mensajes ni por hacer milagros, que por hacer el bien a nadie crucifican, a nadie martirizan. A Jesús lo condenan por desmontar del templo los torcidos negocios; por airear los sucios, sagrados trapicheos.

Unas leyes de hierro tenían esclavizado al hombre de su tiempo. Todo formaba parte de la cárcel sin rejas, del sórdido grillete que aquellos poderosos, y tan nobles ministros apretaban con saña.

Mientras el pueblo fuera creyendo y aceptando, no corría peligro el poder que ostentaban. Y detrás del poder, el oscuro negocio.

Jesús libera al hombre, Jesús redime al hombre y rompe los cerrojos que tan esclavamente lo tenían prisionero.

Es el templo, es el sábado y es el halo intocable de aquellos sacerdotes lo que Jesús destruye.

El hombre es lo primero, el amor, lo primero; el hermano es primero; el corazón, primero. Y la oración después.

Y el buen samaritano es la voz del ejemplo que viene a predicar y a enseñar los caminos que Jesús nos indica.

Y no le perdonaron las terribles ofensas, las redondas verdades y los claros senderos que su mano indicaba con el pulso más firme.

Jesús cura en el sábado. Jesús ama en el sábado. Jesús libera el sábado. Jesús aplasta el sábado. Jesús entierra el sábado. El hombre es lo primero. Lo último, la ley.

Jesús está pisando un peligroso abismo. El lo sabe y no puede callarse ni evitarlo. El no busca su muerte; él no es un suicida, ni su destino era morir así, en la cruz. Su muerte es consecuencia de los pasos que dió.

A Jesús lo mataron las altas jerarquías
religiosas del templo. Que Pilato el romano
las manos se lava porque no encuentra culpa
y sólo con presiones da su consentimiento.

Y Jesús se condena a una muerte segura
cuando atenta el bolsillo de aquellos sacerdotes.
El templo es un negocio donde venden la ofrenda
que se viene a ofrecer en los actos de culto.

Tu paloma no sirve como ofrenda de altar.
La paloma que vale es la que yo te vendo.
La reliquia que vale es la que yo te vendo.
La bendición que vale es la que yo te vendo.
El perdón que vale es el que yo te vendo.
y el dios que ha de salvarte, también yo te lo vendo.

Y Jesús se rebela; y Jesús que destruye
entre sus propias manos tanta abominación,
tan corrupto montaje. Su palabra es un látigo
en la puerta del templo desmontando el tinglado,
abatiendo unos vicios... que no sé si perduran.

Y no le perdonaron destapar el negocio.
Y no le perdonaron liberar a los hombres
del yugo de la ley, del yugo del dinero,
de los yugos sagrados del becerro de oro
que no fue destruido allá en el Sinaí.

Por eso lo condenaron. Por eso lo ajusticiaron
como al peor delincuente delante de su pueblo.

EL MOMENTO

"Y en el monte, nada."

(San Juan de la Cruz)

El monte de la Cruz alza marchito
un desplome de muerte sorprendida
una lanza sin nombre enciende vida
y aquella soledad se vuelve grito.

El mejor testamento ya está escrito
la más honda amargura, concebida;
no es posible el tamaño de la herida
para las proporciones del delito.

Al pie mismo del monte, sin ribera
que acoja tanta sangre y tanto duelo,
un arroyo de amor se hace torrente.

Los verdugos preguntan que quién era,
y responde la voz del alto Cielo:
"Es el Hijo de Dios, y es inocente".

EL ARBOL DE LA CRUZ

Vuelven los pájaros. Vuelven
al mismo árbol.

Vienen a darle su aliento
de primavera y de canto,
su sal de revoloteo
al madero que fue árbol.

Vuelven los pájaros. Siempre
emisarios.

* * *

El árbol ya no era un árbol.
Talaron su tronco y alma
y lo hicieron cruz de espanto
las sacerdotisas hachas.

Y murió
sin raíces y sin ramas
sin temblores de una flor.

El árbol ya no era un árbol,
era una astilla desnuda
cangilón de rojo llanto
leño undoso de tortura.

¿Fue pino, sauce, ciprés
álamo, acacia, laurel?

Ya nadie lo reconoce
así, con dos ramas altas
y el fruto muerto de un hombre.

Ya nadie sabe qué fue,
si laurel, álamo, acacia,
si pino, sauce o ciprés.

* * *

Y se alimentó la tierra
con la savia de su cuerpo.

La tierra que estaba seca
y por eso le llamaban
al sitio la Calavera.

Seca de odio
seca de clavo y espina.

Y baja la savia viva
arroyo de agua escondida
dándole luz a la tierra.

Todo un clamor de retoños
y de verdores redondos
los nudos de aquel madero.

Algo en el tronco enterrado
reclama su estirpe de árbol
su condición natural.

Pulso del árbol que grita
y anticipa
un prodigio de horizontes
de abril con lecho de flores
que quiere resucitar.

La raíz que abre su mano
y con sus dedos palpando
besa la tierra al pasar.

* * *

El clavo se ha vuelto flor
y la sangre enredadera
enredándose en un sol
que en su eternidad caliente.

Todo un íntimo alboroto
de savia que baja y sube
y en su caminar consume
la alquimia de su tesoro.

El árbol vuelve a ser árbol
y el pájaro testimonia
su resurrección cantando
y anidando.

Y el árbol tiene una sombra
distinta a la que tenía
la cruz.
Porque la cruz tiene umbrías
para el rigor de otra luz.

Esta es una sombra abierta
más propia de claridades
eternas.

* * *

Vuelven los pájaros. Vuelven
las flores.

La cruz, sin dejar de ser
la cruz, echa sus raíces.
La mano de Dios que escribe
así por primera vez.

La cruz, el árbol, la vida.
En un Dios que resucita
sí que se puede creer.

EL FILO DE LA CRUZ

*"Retirad de mi presencia el barullo
de los cantos, no quiero oír la música
de las cítaras; que afluya como agua el
derecho y la justicia como arroyo
perenne."*

Amós (5, 23 - 24)

La cruz es un mordiente, agudo, filo,
implacable ecuador que grita y reta,
cuchillo que se encara a mi alma en vilo,
desgarro en el perfil de la careta,
zamarreón del aire en el pabilo,
siempre muriendo y siempre la incompleta
misión que a terminarla compromete
sumando mis palabras a otras siete.

Y todo el hontanar de fe se mide
con la incondicional cerviz que acata.
Decir que sí, que el hombre se decide
y rompe tanto miedo que lo ata
por una alternativa que se pide:
hay que estar con la cruz o con quien mata,
con el poder del oro hecho becerro
o con la humanidad que sufre el hierro.

La cruz, candil de vida y de bautismo,
el permanente abrazo, abierto adrede
para agostar la hierba de egoismo.
Paso de Dios que nunca retrocede
en los pretiles del incierto abismo
presto a desenredar lo que se enrede,
dispuesto a complicarse la existencia
con el peso fatal de otra sentencia.

Los sanedrines viven, guardan ira,
y los herodes velan su lujuria.
Lo injusto, el atropello y la mentira
afilan los colmillos de su furia.
Después de veinte siglos se respira
un aire de justicia tan espuria
que en el buscar la cruz sigue el motivo
y Cristo entre las garras tan cautivo.

Yo quiero ser tu brazo cuesta arriba,
el Cireneo con mi cruz de hoy;
estar junto a la herida virgen, viva,
mudar la piel, dejar de ser quien soy.
Descarnado renglón que alerta escriba
el pálpito del mundo donde estoy.
A fuerza de no ser, estar contigo,
Jesús de los tres clavos, fiel amigo.

Toda conformidad es enemiga
y toda rebeldía, levadura;
es grande este desierto y la fatiga,
atravesado el sino de aventura.
Por el camino habrá quien me maldiga
y salpique los gestos de basura;
mas quiero estar contigo, en tu derrota
y compartir tu sangre gota a gota.

*Sevilla, Triana
el mismo día de la Primavera
veintiuno de marzo de 1992*